

Entendí mi pecado,
se aflojaron mis brazos malheridos
y resigné, callado,
los instintos torcidos
del mal que me cantaba en los oídos.

Abrí al aire la reja
—amanecía Dios en la ventana—
ahugué adentro una queja
y te dejé en la rama
intacta la color, pura y lozana.

JOSÉ CANAL



EL CORPUS ESPAÑOL

Ardiente devoción eucarística de los Reyes Españoles

La Reina Católica, en las procesiones del «Corpus de Sevilla y Zaragoza»
Gastad, gastad como locos en honor del Señor (Reyes Católicos)

POR MARCELINO GONZÁLEZ-HABA

TAL vez sea, la devoción al Sacramento del Amor y a la Virgen pura y bella, la nota, más destacada, en el orden religioso, de los Monarcas españoles. Así, que en estos tiempos que tanto se estudia la forma de gobierno monárquico, será oportuno recordar estas virtudes que atesoraban nuestros Reyes.

Y es que la vieja España, mística y guerrera, la de los fueros y libertades, la de la conquista y civilización de América; la España de los Reyes Católicos, de Carlos V y Felipe II, es un maravilloso canto al Misterio de la Eucaristía y una plegaria de amor a la Virgen Inmaculada.

Ya advertía el cronista sevillano Zúñiga, que el «Corpus Christi» y la Purísima Concepción, eran las niñas de los ojos de la gentil Ciudad del Betis. Pero lo cierto es, que lo eran de toda la vastedad del Imperio español, cuando España era universo y andaba ocupada en conquistas evangelizadoras.

Desde que el Pontífice, Urbano IV, ordenó, que, todos los años en el jueves siguiente a la octava de Pentecostés, se celebrase la fiesta del Santísimo Sacramento, «Allende de la ordinaria de cada día» el «Corpus» en España, fue, como la expresión, casera y militante, del catolicismo nacional: Soberanos y pueblo sentían la presencia real de su Dios, en el más divino Sacramento, cuando lo veían en las calles y plazas, volcaban sus corazones en incendios inflamados de piedad y alborozo. De este modo, tanto en las procesiones del «Corpus», como en los Autos Sacramentales, tomaban parte, del rey al último vasallo.

Por feliz circunstancia, coincidió la fundación de esta fiesta triunfal con el reinado de Alfonso el Sabio, que había heredado de su padre

Fernando III, el Santo, un vivo amor a la Sagrada Eucaristía, de este modo, dedicó, en su famoso Código de las Partidas, emocionantes capítulos, encaminados a regular el acompañamiento, a Jesús Sacramentado, cuando se dada en Viático a los enfermos. Así previene: «Que el Santísimo Sacramento vaya con escolta y candelas encendidas; que deban llevar un cruz e agua bendita e una campana tañiendo».

Pero mayores efluvios aún, saltan del corazón eucarístico del rey Don Juan I de Castilla, ordenándolos, en tan piadosos términos: «Mandamos, que cuanto acaeciese que nos, o el Príncipe heredero o los infantes, nuestros hijos, o cualesquiera cristiano, vieramos que viene por la calle el Sacramento del Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, todos sean tenidos de lo acompañar hasta la iglesia de donde salió». Y de este modo ha dominado en el alma de nuestros queridos monarcas el amor a Jesús Sacramentado, que muchas veces se les vió, en la calle, arrodillados ante el Sacramento del Amor, cediendo su regio coche a la majestad del Dios Eucaristía y acompañándole al templo.

¡Hasta en las famosas Leyes de Indias trascendió este fervor eucarístico, obligando a los Virreyes, y Gobernadores, a los Oidores, a los españoles e indígenas a cumplirlas!

Ya en la procesión del «Corpus» que se celebró en Barcelona, el año 1424, toma parte el Rey Alfonso V, llevando una vara del palio. Y en la celebrada en la misma Ciudad Condal, el año 1535, asistió el Emperador Carlos V, portando otra vara del palio.

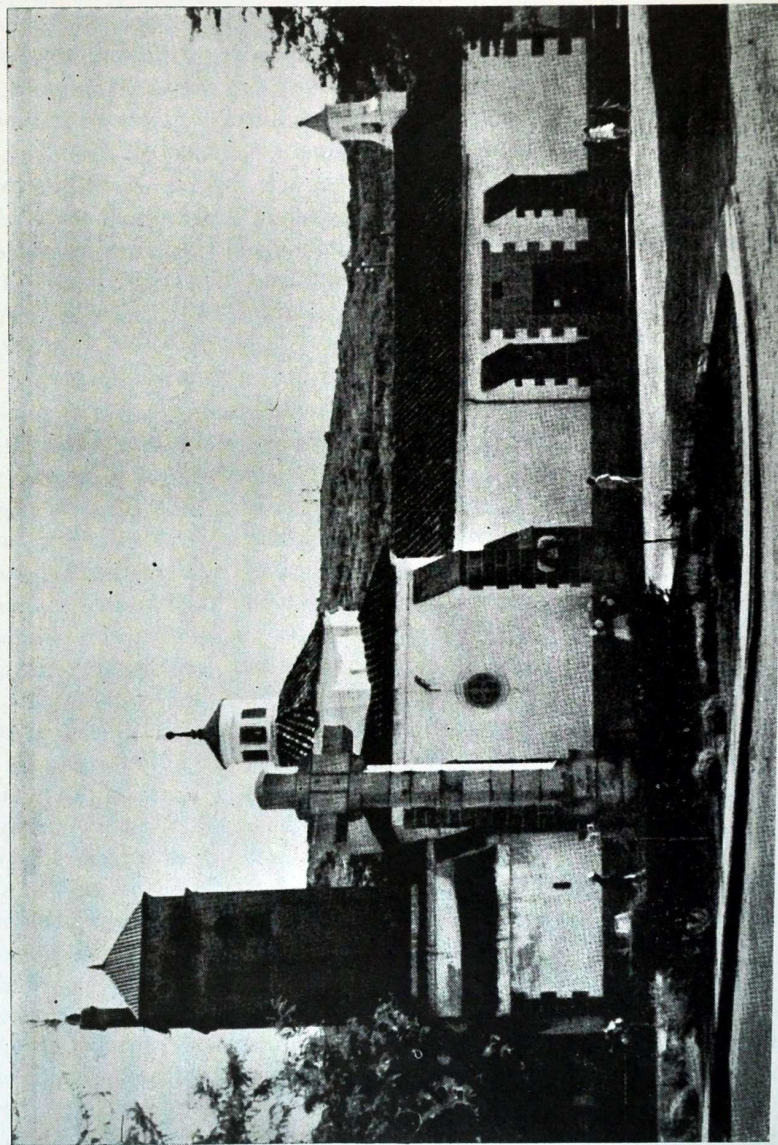
Todavía resalta, en la suntuosa procesión del «Corpus» barcelonés, la magnífica custodia catedralicia, sobre la rica y artística silla de plata que usó el rey don Martín, último Conde de Barcelona; y por concesión del Rey Carlos III, los miembros del Real Cuerpo de la Nobleza de Cataluña, gozaban del privilegio de sacar, el palio, al principio y al fin, de la procesión del Señor, que sale de la Catedral el día del «Corpus».

También, en la procesión del «Corpus» de Zaragoza, año 1498, asistieron los Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel, y en la de 1518, acompañaron al Santísimo el César Carlos V, con el Cardenal Adriano, que poco después, ocupó el Solio Pontificio.

Muy celebrado fue el «Corpus» sevillano de 1477, en cuya procesión figuró la Reina Católica, Isabel de Castilla, portando una preciosa vela dorada, en la que aparecían pintadas las armas reales, regalo del Cardo.

Bien conocida es la consigna jubilosa de Isabel y Fernando, al establecer la Fiesta del «Corpus» tras la Reconquista, en Granada: «Gastad como locos en honor del Señor».

El primer oro que llegó a Castilla del Nuevo Mundo, le dedicó la



ALBUM EXTREMEÑO. - Naval Moral de la Mata. Parroquia de Nuestra Señora de las Angustias.
(Foto Mohedano).

Reina Católica a la confección de una rica Custodia que luego, había de formar parte de la toledana de Arfe, ideada por Cisneros, y que al decir de Pemán, «parece fabricada por los ángeles, con la plata que deslie la luna en las aguas del Tajo». Hasta en su última voluntad, ordenó esta Soberana española, moderación en vigiliias y funerales, y lo que en ellos se había de gastar, se empleara en honor del Santísimo Sacramento, en iglesias pobres. De idéntica forma, mandó, que, del remanente de sus bienes, una vez pagadas las deudas y mandas, se aplique, «para las cosas necesarias del culto del Sacramento...». La Custodia que mandó construir la Reina Católica, fue como un homenaje de gratitud al Señor por el beneficio inmenso del descubrimiento del Nuevo Mundo.

Y ¿quién no conoce los fervores eucarísticos de Carlos V? Porque la vocación al Sacramento del Amor de los Reyes de la Casa de Austria, fue una rica herencia de sus progenitores, que floreció en nuestro pueblo, en torno a la presencia real de Jesucristo en la Hostia consagrada, y al que atribuían el aumento y esplendor de la monarquía.

Cuando murió el Emperador, en el delicioso monasterio de Yuste, se puso ante el sagrario de la iglesia conventual una azucena que aquella noche había abierto en la ventana, próxima a la cámara real, por el entrañable amor del César español, a la Eucaristía. Su devoción a este admirable Sacramento, era tan tierna como al misterio de la Inmaculada: En el guión imperial, lucía una preciosa imagen de la Purísima.

Del gran Rey Felipe II, dice el célebre P. Sigüenza, que encontrándose su padre en Yuste, asistió a una procesión del «Corpus», con una vela encendida. Y en su testamento dispuso, que, aparte de las misas y rezos hubiera, en El Escorial, dos religiosos orando delante del Santísimo. Su amor a la Eucaristía le llevó a regalar un lujoso mueble que usaba este monarca español, al Monasterio de Guadalupe, y que todavía se admira en el maravilloso altar mayor de la basilica, como suntuoso sagrario.

En vida y muerte, quiso el Rey alabar al Señor Sacramentado: No sabemos si Santa Teresa copió de este monarca el celo por la multiplicación de los sagrarios, o fue Felipe II quien imitó a la Santa Castellana, su afán de suplir el desgarré de los pueblos separados de Roma por el protestantismo.

Con idéntica vocación devocional al Sacramento de la Eucaristía, gobernaron los demás reyes de la Casa de Austria, Felipe II, Felipe IV y hasta el mismo Carlos II, ocaso de una dinastía que, comenzó a lucir, con soles de gloria y resplandores de triunfos, reitera las disposiciones dadas, en honor de Jesús Sacramentado, por sus antecesores, siendo

un vivo testimonio, el famoso lienzo que aparece en la sacristía de El Escorial, pintado por Coello.

Y es que, la gran familia hispana, ortodoxa a machamartillo, hambrienta siempre de procesiones triunfales, guiada por sus monarcas más devotos, procuraba dar a estas fiestas del «Corpus», un realce extraordinario y deslumbrador, cumpliendo, además, lo ordenado por el Concilio de Trento: El «Corpus», era la fiesta más popular de todas las fiestas nacionales. Porque representaba el triunfo de la fe católica frente a las herejías reinantes, y porque España ha sido siempre, y lo es ahora, la nación más eucarística y mariana de la tierra.

En este año, primero postconciliar, cumplamos, también, los ardientes deseos del Papa, Pablo VI, el Pontífice de la Eucaristía, y de la Virgen, florecidos en su maravillosa Carta-Encíclica sobre el MYSTERIUM FIDEI, en donde exhorta a los cristianos, a promover el Culto Eucarístico como palanca poderosa que mueve el ánimo de los creyentes para cultivar el amor, «social», entre todos los hombres.



PAGINAS ANTOLOGICAS

La melancolia

A la luz tibia de otoñal ocaso
entre marchitos árboles torcía
mi errante senda el caprichoso acaso;
deidad hermosa y triste hallé a mi paso
y eras tú esa deidad, Melancolía.

De derribado muro rotas piedras
eran tu trono, al que mullida alfombra
las enlazadas hiedras
daban, y un sauce vacilante sombra;
allí sentada, al cielo transparente
levantabas, marcada con el sello
de tranquilo dolor, la augusta frente;
y brillaba en tus ojos seductores
el que nos dejan pálido destello
los perdidos amores.

Me miraste llegar, y sonreíste
con la incierta sonrisa
que deja al alma triste
entre el dolor y el júbilo indecisa;
y a mí viniendo con semblante amigo,